

ARCHIVO

**CONFERENCIA DEL SR. RICARDO LAGOS EN EL ENCUENTRO CHILE 21:
OPCIONES DE PROGRESO PARA UNA SOCIEDAD DEMOCRATICA**

Centro de Extensión Universidad Católica: Agosto 8 de 1992

REPUBLICA DE CHILE					
REGISTRO Y ARCHIVO					
NR.	92/19576				
A:	29 AGO 92				
P.A.A.	<input type="checkbox"/>	R.C.A.	<input type="checkbox"/>	F.W.	<input type="checkbox"/>
C.B.E.	<input type="checkbox"/>	M.L.P.	<input type="checkbox"/>	P.	<input type="checkbox"/>
M.T.O.	<input type="checkbox"/>	EDEC	<input type="checkbox"/>	J.	<input type="checkbox"/>
M.Z.C.	<input type="checkbox"/>				

Estimados amigos y amigas:

Quisiera invitarlos a una discusión acerca del futuro.

En los días que corren, las tareas y responsabilidades cotidianas dejan poco tiempo para la reflexión crítica y el diseño de caminos colectivos de progreso y felicidad. Sin embargo, es evidente que el presente no agota nuestros sueños, y que necesitamos imperiosamente proponernos nuevas metas y desafíos dentro del objetivo fundamental que nos ha traído a la política: contribuir al esfuerzo común por desarrollarnos, ampliar la participación ciudadana y los grados de libertad de nuestra sociedad, superar la pobreza y la exclusión social.

1.- Las dos transiciones

La recuperación de la normalidad institucional, el respeto de los derechos humanos y la afirmación de la soberanía popular han sido preocupaciones centrales de estos últimos años. Hemos generado un consenso básico para superar el pasado y transitar hacia la democracia. La realización de elecciones municipales constituyó un hito en la democratización del país y en promover la participación de la ciudadanía.

A partir de lo ya alcanzado debemos construir nuevos acuerdos, de cara al futuro, para responder a los desafíos que nos plantea la entrada al siglo XXI. La sociedad chilena requiere de espacios para una discusión libre y abierta sobre los rumbos que debemos emprender.

Está en la naturaleza de las cosas que el cumplimiento de esta tarea nacional de lograr equilibrios en el marco político y económico nacional, sea a su vez, la base de nuevos despliegues creativos de la sociedad. Pretender exclusivamente administrar esta situación consolidada conduciría al inmovilismo y al estancamiento.

Tenemos la profunda convicción que muchas situaciones actuales pueden y deben ser cambiadas, por razones de naturaleza moral. Hay que superar las carencias y dominaciones, las fuentes de miserias y malestar social que dificultan las posibilidades del progreso libre, igualitario y solidario. Hay que eliminar la dominación de un ser humano por otro, hay que obtener la libertad para todos. Se trata de avanzar hacia una sociedad cada vez más abierta, constituida sobre la libertad de todos los ciudadanos.

Por esta razón los invito a iniciar un debate y un trabajo acerca de las opciones de progreso que se abren para Chile en el presente.

2.- El desafío histórico nacional

Chile ha tenido en el pasado momentos en donde las distintas variables se han conjugado de una manera favorable al desarrollo. Hace más de cien años, Chile surgía claramente como una de las naciones más pujantes y con mejor futuro de América Latina. Teníamos una democracia estable. Habíamos enfrentado una guerra con nuestros propios recursos, manteniendo nuestra democracia durante todo el conflicto y al mismo tiempo habiendo sido capaces de pertrechar y enfrentar el esfuerzo que implicaba una campaña de esa naturaleza a partir de los recursos internos. El término del conflicto significó que todas las condiciones estaban dadas para que Chile entrara en una fase de acelerado desarrollo. En cierto modo, tal vez eramos los jaguares de la América Latina de finales del siglo pasado.

No es necesario citar a ese gran economista nuestro que es Anibal Pinto, con su obra clásica: "Chile, un Caso de Desarrollo Frustrado", para avanzar en las razones y sin razones de por qué ese futuro promisorio se frustró. Eramos, en el lenguaje de hoy, un país donde se daban todas las condiciones para mantener un ritmo de crecimiento económico adecuado. Sin embargo, ello no se dió. Lo mismo podríamos decir, haciendo una otra comparación a la cual los quiero invitar esta mañana. Chile y Suecia en dos antipodas tan lejanas tenían a comienzos de siglo niveles de desarrollo similar. ¿Qué ocurre en una y otra sociedad que terminamos en este siglo XX con niveles tan disímiles de desarrollo?; ¿cuáles fueron los elementos que implicaron el éxito o la decadencia? Es en este sentido que otro trabajo clásico, de comienzos de siglo, "Nuestra Inferioridad Económica" de Encina, trata de escudriñar el por qué en ese momento Chile está perdiendo la carrera del desarrollo; por qué son otros países de la región los que pasan a tener ritmos superiores.

Es dentro de esa perspectiva - que nos enseña la historia - que quisiera invitarlos a mirar el siglo XXI. Ser un poco más humildes ante tanto canto presente que nos dice que estamos muy bien; que nos dice que somos un país moderno que ya casi estamos ingresando al Primer Mundo. Fue lo que nuestros antepasados también pensaron, en otro lenguaje pero con el mismo concepto hace 100 años y hace 100 años la sociedad chilena no estuvo a la altura del desafío de tomar las posibilidades que se abrían. Por eso hoy tenemos que ser concientes que esta posibilidad que se nos da a través de una democracia recuperada, de un crecimiento económico que hoy lo entendemos sustentado en bases sólidas, pero al mismo tiempo con carencias muy fuertes en nuestra sociedad que pueden a la larga dificultar la estabilidad indispensable para el progreso del país.

No es posible suponer que hay bases sólidas de progreso en una sociedad donde hay un elevado número de personas que están fuera del progreso y de la modernidad. Un elemento que hemos aprendido de todos los procesos de desarrollo es que los frutos del crecimiento deben repartirse de una manera equitativa, que no puede haber un polo de rápido crecimiento y segmentos de la sociedad que se debaten en el atraso y en la pobreza. Es en este sentido que creemos que debemos enfocar nuestra mirada hacia el Chile del siglo XXI en función del estilo de desarrollo que genera participación, pero al mismo tiempo que los frutos del mismo se repartan De Una Manera Equitativa.

Ser progresista significa querer hacer lo más posible, por las mayorías, en el menor tiempo posible. Es tener sensibilidad frente al sufrimiento de otros chilenos con los que compartimos el país y su destino. Los conservadores privilegian un alcance parcial y selectivo de la modernidad, el que necesariamente adolece de rasgos arcaicos. Ser progresista significa buscar modernidad para el mayor número en el menor plazo posible y de un modo duradero, con instituciones sólidas.

Acerquémonos entonces, a las tareas del próximo siglo teniendo en mente que hace cien años teníamos una situación parecida, con todas las variables en favor del progreso y del desarrollo, pero que en definitiva no supimos ordenarlas de una manera adecuada como sociedad para garantizar un desarrollo creciente. Trabajemos para que no haya en el futuro un nuevo caso de desarrollo frustrado.

A partir de esta reminiscencia histórica veamos el marco en el cual se da un debate acerca del desarrollo de Chile en el próximo siglo.

3.- Nuevas interrogantes, nuevos problemas, nuevos desafíos

Somos habitantes de un tiempo de cambios en los más diversos planos de la vida personal y social. Nuestro país y el mundo no son lo que fueron hace dos décadas.

Vivimos una acelerada mutación económica, social y cultural de una magnitud que no conocíamos desde la Revolución Industrial. Hoy asistimos a la segunda gran revolución tecnológica: la de la inteligencia, iniciada con la informática, la microelectrónica y la biotecnología, y que ha provocado efectos impresionantes sobre la productividad, la organización social y la alteración de nuestro medio natural.

De estos cambios surgen nuevas interrogantes a la humanidad, nuevos problemas y nuevos desafíos.

En efecto, nunca antes el género humano había contado con mejores instrumentos para comunicarse, para superar el dolor y la enfermedad, para protegerse de los desastres naturales, para prolongar sus expectativas de vida y conocer el universo. Todo ello le ha dado al ser humano una profunda confianza en sí mismo y en sus posibilidades de desarrollo en un contexto de creciente libertad.

Sin embargo, por doquier surgen señales que nos hablan que este proceso no conduce necesariamente a un mejoramiento de la calidad de vida, ni a un desarrollo que beneficie al conjunto de la humanidad. Por el contrario muchos indicadores nos señalan que hay una brecha o distancia creciente en la calidad de vida que tienen los distintos grupos y los niveles de desarrollo de los distintos países en el planeta. En otras palabras, en la forma en que diversas fuerzas operan hoy no necesariamente reducen la diferencias entre los hombres; muchas veces, por el contrario, las agrandan.

Uno de los hechos más preocupantes, en este sentido, es la contaminación ambiental y la depredación irracional de los recursos naturales, fenómeno de alcance universal y que amenaza la vida sobre el planeta, como lo ha puesto de manifiesto la reciente "Cumbre de la Tierra" realizada en Brasil.

A ello hay que agregar los crónicos problemas de hambre y miseria que siguen siendo las condiciones "normales" de vida de cientos de millones de seres humanos; la evolución de los acontecimientos de Europa del Este en donde la inestabilidad política, la guerra civil, el asedio a poblaciones

civiles, la cesantía y la crisis económica son la realidad diaria que sacude a esas poblaciones; en Europa Occidental, las democracias se ven amenazadas por el racismo, la intolerancia y la decepción de las grandes masas; en el Medio Oriente cunde el integrista y fanatismo, provocando la crisis de los sistemas democráticos; la muerte de las minorías nacionales; y la destrucción de culturas milenarias. En América Latina emergen signos de ruptura de las incipientes democracias, como ha ocurrido en Perú y Venezuela, de corrupción, de violencia y narcotráfico.

4.- Ideas para hoy

El impactante desarrollo tecnológico y el crecimiento económico nos exigen una reflexión más de fondo sobre el sentido, los valores y las finalidades que se persiguen. El economicismo, tan en boga en estos días, se muestra como un enfoque reduccionista y poco certero. En verdad, ninguno de estos grandes problemas -pobreza, medio ambiente, educación - puede abordarse reduciéndolo a su pura dimensión económica; se requiere una visión más global.

Sin embargo, al concluir este siglo miramos las visiones globales con un grado de escepticismo. Lo acaecido en estos 100 años nos demuestra que la fuerza de las ideologías como visiones globales que no dejaban lugar a otra interpretación, han fracasado. Terminamos el siglo XX con un mayor grado de humildad respecto de la certeza de nuestras creencias. Por cierto que las grandes ideas y propósitos altruistas que el hombre ha ido construyendo a lo largo de su historia permanecen. La búsqueda de la libertad, el deseo de mayor igualdad, la existencia de posibilidades iguales de oportunidad son valores por los cuales el hombre sigue luchando. Sin embargo, para resolver estos grandes temas hemos aprendido que no hay respuestas unívocas. Las ideologías algunos dicen que han muerto. Lo que está claro que no ha muerto son las ideas, los ideales que en último término son los que mueven al hombre.

No es necesario tener una ideología para reconocer la injusticia, no se necesita saber todas las respuestas para percibir una pregunta. El humanismo de hoy no es de manual de aquellos en lo que todo está explicado: él debe nacer de una preocupación específica por los chilenos de aquí y de ahora, sus problemas y sus preocupaciones. Se trata de tener una apasionada cercanía la realidad, para descubrir en ella la raíz de todo sueño.

Tener un enfoque racionalista y humanista significa mirar a nuestro mundo y a nuestro país con los ojos de la realidad. Deberían quedar atrás los proyectos ideológicos cerrados que crean divisiones artificiales, que no consideran la realidad y no se interesan por los problemas de la gente real, así como diversos enfoques irracionalistas que suplantán el juicio de la razón por el de alguna ideología. Basta de especular en contra de la razón: usémosla para encontrar sus propios límites y, si es posible, hacerlos retroceder, ir más allá, hacia territorios todavía desconocidos.

Desde una mirada progresista, la cuestión económica, o más ampliamente, la cuestión del desarrollo, no se satisface con la sola preservación de ciertos indicadores positivos, sino que supone una perspectiva más integral que asuma conceptos como los de equidad, sustentabilidad del desarrollo, calidad de vida.

5.- Etica para el mundo de hoy

Pienso que hemos ido demasiado lejos en el individualismo egoísta. Sin abandonar, sino profundizando nuestra competitividad, hemos de mejorar, radicalmente nuestra solidaridad. El vendaval de los cambios no nos debe hacer perder una perspectiva ética sobre la vida y la economía. No se trata de un enfoque deshumanizado, ideológico, sino que un enfoque humanista.

El Humanismo es tan antiguo como la reflexión de las personas y será tan permanente como nuestra existencia de género. Está más allá de las modas que nos llegan del mundo sin fronteras, obedece a la íntima reflexión sobre el sentido de nuestros actos y palabras.

Tenemos que cambiar las relaciones humanas de convivencia de nuestro país, basándolas en una visión ética, moral que destierre la violencia, el racismo y el sexismo; que fomente la paz, la creatividad, el respeto a los derechos de las personas, su dignidad y su sentido de justicia. Una visión basada en una moral sólida y no hipócrita; que ataque la droga y otros escapismos, que favorezca de modo real a la familia, esto es, facilitándole la solución de sus problemas de cada día y no haciendo discursos vacíos al respecto. En definitiva, una visión basada en valores, frente al escándalo de una sociedad en la que la justicia es con tanta frecuencia una palabra sin sentido. El respeto a los derechos humanos es una medida de la conciencia moral de un país ante sí mismo, ante sus jóvenes en particular y ante el mundo. La libertad individual es un valor central y su existencia depende de arreglos institucionales y no de meras declaraciones.

Dada la diversidad de los problemas que Chile enfrenta, el contenido del orden moderno debe ser nacional, esto es, inclusivo. Para algunos, lo nacional se refiere al pasado y se relaciona con grupos pequeños. Para nosotros, lo nacional tiene que ver principalmente con el futuro y se refiere a las mayorías.

Una visión nacional de Chile permite superar una visión conflictiva y estática de nuestra sociedad, conforme a la cual la ganancia de unos, sólo puede corresponder a la pérdida de otros. Para que todos puedan ganar, se requiere aunar esfuerzos en objetivos de crecimiento y modernización, y que los frutos de este esfuerzo alcancen a todos los chilenos. La creciente igualdad de oportunidades es la base de la integración nacional.

6.- Un mundo sin fronteras

Una consecuencia muy importante del cambio económico y cultural ocurrido en los últimos años, ha sido la internacionalización e interdependencia de la vida económica, que hoy se expresa en la globalización de los mercados y en la creciente competencia económica de las naciones como tales, ya no solo de las empresas.

Este es un dato de la situación, ante el cual nadie puede cerrar los ojos ni oponer aspiraciones de "autarquía" basadas en anquilosadas recetas burocráticas y proteccionistas.

En este cuadro resulta forzoso reconocer que nuestras competencias deben basarse en el creciente fortalecimiento de las capacidades internas para asimilar procesos tecnológicos, adquirir y producir conocimientos, organizarnos para producir con calidad y eficiencia y conquistar mercados distantes.

Si nuestra respuesta fuera simplemente sobre-explotar recursos naturales y ofrecer al mercado "mano de obra barata", no podríamos insertarnos en el mundo de hoy, y además estaríamos comprometiendo la capacidad de nuestra gente y de nuestra geografía hasta límites quizás irrecuperables.

El presente nos impone el desafío de ir más allá del aprovechamiento de "ventajas comparativas", tradicionales o estáticas cuya importancia se ha relativizado con los cambios tecnológicos, y situar nuestra oferta en una escala superior de calidad, avanzando decididamente en una segunda fase en nuestro desarrollo exportador.

Por eso el primer gran tema que deberíamos abordar es la calidad de la integración de Chile a la comunidad mundial en desarrollo, lo que se relaciona por un lado con nuestras capacidades productivas y por el otro con la necesidad de alcanzar un desarrollo sustentable en el largo plazo.

Un instrumento fundamental de la modernidad en el siglo XX es la liberación de toda traba a la creatividad económica, cultural, política y social. El mundo se ha hecho más competitivo y hay menos lugar para la complacencia rentística. El principal desafío del país es la liberación de su propia creatividad. En lo económico, porque si no producimos más eficientemente y no agregamos valor a nuestros recursos básicos, no llegaremos muy lejos. En lo político, porque necesitamos instituciones que correspondan a la sociedad chilena actual. En lo social, porque es tal la magnitud del déficit que tenemos, que no podemos tratarlo esperando que el bienestar "chorree" hacia los pobres. En lo cultural, porque se requiere despertar las mayores aventuras culturales que aún duermen.

El país tiene límites geográficos solamente, ya que su profundidad potencial es prácticamente ilimitada. Chile es mejor porque han existido personas imaginativas, incluso soñadoras que han concebido modos distintos de hacer las cosas más simples y más complejas en el terreno de la industria, la agricultura y la ingeniería; las instituciones políticas y el sistema educacional; la ciencia y la tecnología.

7.- Educación y capacidad productiva.

El desarrollo de la capacidad productiva que pudiéremos tener en el próximo siglo, está intimamente vinculado a lo que ahora comencemos a hacer en materia educacional. El cambio que se ha operado en la forma de producir y la importancia que como resultado del avance tecnológico tiene la mano de obra calificada significa que hoy más importante que el capital medido en un sentido clásico a través de los bienes de producción lo es el capital que se invierte en el hombre, esto es educación.

Hace 150 años Marx entendió que era la propiedad de los bienes de producción lo que determinaba la diferencia entre los heredados y desheredados de este mundo. A juicio del pensador alemán, la socialización de los medios de producción era un paso necesario para lograr mayores niveles de equidad en una sociedad donde la diferencia provenía de la propiedad del capital. Ciento cincuenta años después esto no es así. Lo que determina en gran medida la diferencia entre unos y otros es la del acceso al conocimiento; son las oportunidades de

educación lo que explica la capacidad que tenemos del éxito o el fracaso como personas o como nación. Detrás de los éxitos de los países del Sudeste Asiático en el campo económico se esconden reformas educacionales profundas en donde, no sólo hay un avanzado nivel de escolaridad, sino que además la educación misma tiene niveles de pertinencia respecto de los desafíos de los tiempos modernos que nosotros todavía estamos lejos de alcanzar.

En consecuencia, me atrevería a afirmar que nuestro éxito futuro va a estar determinado por lo que hagamos en el ámbito educativo; tanto para alcanzar niveles de escolaridad del orden de los diez o doce años en la población que egresa del sistema, como de una educación pertinente. Esto último significa que tenemos que tener una educación de calidad homogénea en los distintos establecimientos del país; es no sólo una injusticia desde el punto de vista de la equidad el que haya escuelas de buena y mala calidad, sino que, además, implica un desperdicio en materia de recursos humanos. Por esta razón, tener un sistema de calidad que se distribuye de una manera equitativa y que simultáneamente los contenidos de la enseñanza educacional están acordes con lo que son las demandas del país, es hoy un requisito esencial para el desarrollo. La capacidad de desarrollo de Chile en una economía abierta y sin frontera está determinado en último término por la capacidad que tenemos de agregar valor a nuestras materias primas y esto se logra sólo mediante la tecnología y el conocimiento, y ambas son en último término el resultado del sistema educacional.

Cien años atrás Chile se planteó el desafío de lograr un sistema educacional que diera cobertura a toda la población, al menos en enseñanza básica. Hoy tenemos que ser capaces de estar a la altura de un desafío que implique garantizar una educación a todos los jóvenes de Chile y que ésta sea una educación pertinente para la inversión del país en una economía internacional abierta y competitiva. Junto con ese esfuerzo educativo e intímanamente vinculado a él es necesario desarrollar los mecanismos adecuados para el desarrollo científico y tecnológico que nos permitan determinar cuáles son las áreas en donde las ventajas comparativas de Chile son mayores. Aquí el país tiene que comprender que no existe un desarrollo de largo plazo sino es vinculado al desarrollo científico y tecnológico indispensable para generar los polos de crecimiento del país. En otras palabras, no es posible ser un país moderno que aspira a un alto grado de competitividad internacional si no somos capaces de aumentar sustancialmente el esfuerzo que en ciencia y tecnología hacemos hoy.

No basta con islotes de excelencia o productividad, si bien ellos son indispensable. El sistema productivo chileno, debe ser modernizado en su conjunto, la sociedad entera debe permitir y fomentar la creatividad. Hay que promover la más amplia, extensa y articulada oferta de educación, de información, de enseñanza, de formación, de actualización cultural y artística, científica, técnica y profesional.

La competitividad es una variable que envuelve a la sociedad toda. Competitividad es educación y salud de los trabajadores, es un sistema administrativo y legal que facilite el desarrollo de nuevas ideas, es un sistema financiero solvente y ágil en la búsqueda de nuevas oportunidades, entre las que destaca una efectiva conexión con los emergentes pequeños y medianos empresarios. Competitividad es una inflación baja que nutra al sistema de precios de todo su potencial de información para las correctas decisiones económicas, competitividad es seguridad ciudadana. Competitividad es un sistema nacional científico y tecnológico, público y privado, que partiendo de nuestras ventajas comparativas naturales aporte la información y el conocimiento para la elaboración y la agregación de valor a nuestros productos.

8.- Sector público y sector privado

Para abordar exitosamente el desafío de insertarnos sólidamente en la economía mundial el país requiere de un gran esfuerzo de inversión, trabajo y despliegue de inteligencia y creatividad del sector privado, así como de un Estado que asuma un rol creativo y facilitador de dicha iniciativa. El dilema Estado versus Mercado esconde la falacia de creer que es posible eliminar el Estado o el Mercado. **Tanto la pretensión de anular la iniciativa económica privada, como la de suprimir el rol del Estado, terminan por destruir las oportunidades de desarrollo que la historia presenta a los pueblos. La economía no se rige por estos ideologismos: no se basa en la "toma de partido", sino en la "toma de oportunidades".**

En particular, en la década de los noventa, la sociedad chilena debe asumir los nuevos temas que sus propios avances han puesto sobre el tapete: la construcción de una política medio ambiental consistente, la reforma y modernización del sistema educacional, la proyección de Chile hacia el Pacífico, el desarrollo de la infraestructura del país, la apertura financiera y comercial.

9. Es preciso reformar el Estado

Se requiere para todo ello una profunda reforma del Estado, que le permita acometer nuevas tareas e incorporar eficiencia en la gestión de recursos que pertenecen a todos los chilenos.

Una forma de concretar una solución nacional es la de llegar a acuerdo sobre determinadas políticas de Estado - y no sólo del Gobierno de turno - en la que los chilenos podamos concordar en sus líneas gruesas, la modernización, la democracia, la internacionalización de la economía, el fomento de la creatividad son áreas de acuerdo entre todos los chilenos. El Estado Chileno puede volver a encarnar una idea moral: el desarrollo nacional en todas sus direcciones y por acuerdo de los gobernados y no por imposición dictatorial.

Es importante mejorar lo que hace el Estado; cómo se deciden, aplican, evalúan y modifican las políticas públicas que afectan la vida de todos. Necesitamos un Estado mejor; transparente, con funcionarios responsables de sus errores, un Estado democrático. Sólo de esa manera podrá evitarse en el futuro que cualquier cambio en los equilibrios de poder ponga al Estado al servicio de una minoría.

Nuestros servicios públicos, como el de la mayoría de las naciones, fueron estructurados según los cánones de las grandes organizaciones burocráticas surgidas en el siglo pasado: centralismo en la toma de decisiones, jerarquización, apego al reglamento, profesionalización de las carreras administrativas.

La realidad de una sociedad plural en continua transformación y una economía sometida al requisito de la innovación constante obligan a reformar los principios rectores de la organización del Estado. Ello implica la descentralización efectiva de los servicios públicos, la mayor autonomía para la toma de decisiones, la incorporación de tecnología como estrategia de modernización y la racionalización de sus cuerpos permanentes. En definitiva, se trata de terminar con el Estado burocrático que frena el desarrollo y transformarlo en un Estado abierto a la innovación y activo agente de desarrollo.

Ese Estado concebido como agente de desarrollo, debe encaminarse a ser un auténtico Estado Democrático de Derecho; es decir, un Estado que funda su legitimidad no en el ejercicio burocrático de los poderes, sino en su permanente esfuerzo por democratizar el ejercicio y representación de

esos poderes. Eso implica hacerlo más permeable a las necesidades y aspiraciones del conjunto de los chilenos, y no sólo de los que tienen acceso a él.

Entre las dimensiones emergentes del quehacer del Estado que es preciso abordar en la reforma, están aquellas que se vinculan a mejorar la calidad de vida, al cuidado del medio ambiente, y a la adecuación de la investigación científica y tecnológica. Para enfrentar estos desafíos, nuestra organización pública es claramente insuficiente, pues estas dimensiones sobrepasan su estructura sectorial actual.

No obstante lo anterior, la reforma del Estado debe reconocer antes que nada la existencia de la pobreza en Chile como problema estructural y a los pobres como actores sociales válidos. Los desafíos que se planteen en el futuro al país, deben significar la elaboración de cursos de acción estratégicos para la superación de este problema social fundamental.

10.- Una nueva política social

Creo que **en materia de políticas sociales** - en la que nuestro país tuvo por largo tiempo un lugar señero en América Latina - **tenemos que replantear los conceptos que se han venido imponiendo durante los últimos años. Bajo el predominio del neoliberalismo, la política social fue abordada apenas como un problema de "sensibilidad social" frente a la pobreza y se desplazó la democrática aspiración de igualdad, reemplazándola por una concepción de Estado subsidiario frente a situaciones de extrema pobreza y restringiendo la política social a una cuestión económica de mera asistencialidad.**

Ciertamente, el Estado debe asistir eficazmente a los sectores de la población que viven en condiciones más precarias. El objetivo de esta política debe ser no solamente garantizar igual acceso a las oportunidades que crea la vida colectiva, sino también compensar los puntos de partida mediante políticas de discriminación positiva e integrales.

Pero allí no se agota en absoluto lo que a mi juicio debiera entenderse por política social pública: el asistencialismo estatal contribuye, a la larga, a hacer más rígidas las barreras que provoca la desigualdad social; si el sistema público queda reducido a otorgar prestaciones de bajo valor, sin favorecer al mismo tiempo la movilidad social, produce una segregación

entre quienes dependen de la asistencia estatal y quienes pueden incorporarse a las oportunidades de mercado.

La política social no es un "costo" a subsidiar: es la recuperación de capacidades que el patrón de desarrollo que hemos seguido ha deteriorado irracionalmente, y es también el traspaso de nuevas fronteras en nuestro crecimiento como sociedad y como seres humanos.

¿Cuáles son los cambios que debemos introducir en el país en las próximas décadas en las áreas de la educación, de la salud, de las condiciones del habitat, para satisfacer las legítimas demandas y aspiraciones de los chilenos? Y, por otra parte, ¿cómo garantizamos que quienes hoy parten desde una situación desfavorecida podrán llegar a acceder a estas oportunidades, sobre la base del mérito y el talento, y no meramente de un nacimiento afortunado?

Estas preguntas, me parece, son las que debe responder una propuesta de política social que aspire no sólo a integrar, sino también a permitir una movilidad social más fluída y con ella la realización de las potencialidades que están latentes en nuestro pueblo.

En este sentido la política social no debe ser percibida como un mecanismo que contribuye a la equidad o a una sociedad más justa. Por cierto que lo es. Pero la política social es el mecanismo indispensable que permite la existencia de una sociedad moderna donde la heterogeneidad que se da en su interior, que significa grandes diferenciales desde el punto de vista social, se ve atemperado como resultado precisamente de dichas políticas. Esto es, la asistencialidad a aquel que carece de bienes y servicios para poder desarrollarse a plenitud como ser humano, pero también una política a mediano y largo plazo que signifique modificar las condiciones por las cuales esa persona requiere recibir asistencialidad. Hoy el Estado entrega 700 mil raciones alimenticias a un total de 2 millones 100 mil escolares en educación básica. Esas raciones alimenticias se entregan porque los padres de esos escolares no están en condiciones de proveer con sus ingresos alimentación suficiente a sus hijos. Esa asistencialidad que es hoy indispensable, exige en el largo plazo que la sociedad cambie; de tal suerte que no sea necesario alimentar a los niños porque éstos pueden serlo con el ingreso de sus padres. En el corto plazo hay que dar alimento, en el largo plazo hay que escudriñar las razones por las cuales el ingreso de esos padres es insuficiente para

alimentar a sus hijos y ver cómo ordenamos la sociedad para que esto no ocurra.

Esto es fundamental para que pueda haber una sociedad que compite eficazmente en el mundo. No se conocen ejemplos de sociedades en condiciones de competitividad internacional que tengan sociedades en su interior tremendamente heterogéneas. La heterogeneidad, la diferenciación brutal significa en el largo plazo tensión social y las sociedades en tensión no son sociedades que puedan competir eficazmente en un mundo abierto y sin fronteras. En toda sociedad existen por cierto desigualdades, lo importante es que la sociedad percibe que dichas desigualdades no son productos de situaciones heredadas o de injusticia. En este sentido la educación juega un rol fundamental porque es el instrumento que provee iguales oportunidades a todos los jóvenes. Cuando ello no es así se percibe que se vive en una sociedad en donde la desigualdad es un dato que no puede ser modificado. Allí surge la tensión, y como dijimos antes la tensión no permite un desarrollo moderno integrador.

11.- Una democracia participativa.

La democracia es el mejor camino nacional hacia la modernidad, ya que ella permite que los factores más dinámicos del país se expresen y armonicen de un modo a la vez más intenso y más equilibrado, que exista una activa competencia de ideas y programas. Por esto los progresistas somos los actuales continuadores de la lucha por el estado liberal y la democracia representativa. Se trata de buscar una creciente autorregulación, una creciente autonomía del individuo social. El ideal es un mínimo de regulación, el mínimo de intervención que sea socialmente necesario.

Tan trascendente como la dimensión social o económica, es la que se refiere a la **promoción de nuevas formas de participación ciudadana en una democracia moderna como la que queremos construir.**

Hoy vemos con claridad que la relación entre los cuerpos burocrático-administrativos permanentes del Estado y sus órganos representativos manifiesta muchos síntomas de desajuste y conflicto, que es preciso superar.

En parte estos problemas se deben a la reciente experiencia dictatorial, pero también a fenómenos más de fondo sobre la que debemos reflexionar: la institucionalidad representativa muestra no sólo en Chile, sino por todas partes signos de desajuste con las modernas realidades sociales.

Las materias que requieren de la deliberación de los representantes populares son cada vez más complejas y su comprensión pública se hace más distante; los propios órganos representativos no cuentan con la asesoría técnica requerida para arribar a las mejores decisiones, o para adoptarlas con la prontitud necesaria. **Los canales de comunicación entre el pueblo y los gobernantes se vuelven inadecuados, y vemos a diario cómo los medios masivos de comunicación reemplazan a los partidos políticos en la conformación del debate público. En todos estos fenómenos vemos con preocupación la tendencia a que una élite tecnocrática se independice de la sociedad y concluya aplastando el principio básico de la era moderna: la soberanía popular.**

Uno de los peligros del tipo de democracia representativa limitada como la que se ha ido fraguando con los amarres de la transición, es que termine convirtiéndose en una democracia de espectadores, donde una elite cada vez más reducida toma las decisiones que conciernen al conjunto del país.

Creo por ello que uno de los grandes temas de nuestro tiempo es el de promover una ciudadanía activa, crítica, propositiva respecto al orden social en que vivimos, a través de la creación de eficaces canales de participación social, y del fortalecimiento de los mecanismos político-institucionales de representación.

Dichos canales debieran facilitar la expresión de las nuevas formas de participación que adquiere la moderna ciudadanía: aquellas ligadas al consumo, los grupos etarios, las nuevas generaciones, los derechos humanos, y otros que dicen relación con la calidad de vida y la convivencia.

En particular, desde esta perspectiva de la participación ciudadana, **me parece de la primera importancia incentivar el proceso de descentralización del país, de constitución de gobiernos regionales dotados de atribuciones reales** y de municipios democráticos en torno a los cuales la gente pueda participar en las decisiones que afectan temas tan vitales como la educación de sus hijos, la salud, la calidad del ambiente. Las recientes reformas aprobadas por el Parlamento implican un gran desafío: debemos ponerlas en práctica

responsablemente y profundizarlas hacia el futuro. Junto a dichas reformas debemos comenzar a plantearnos un tema de la máxima importancia: en la regionalización, que es el derecho o facultad que tengan regiones o provincias de establecer su propios mecanismos de financiamiento.

Si queremos descentralizar determinados servicios o áreas como educación, salud o vivienda; debiéramos también estar en condiciones de confiar en la decisión democrática que signifique el establecer mecanismos de recaudación para satisfacer las necesidades de salud, educación o vivienda que existe a nivel local. En otras palabras, hoy debemos comenzar a pensar en que medida organizaremos una estructura de financiamiento del país en donde no haya sólo un financiamiento centralizado y que este provea las distintas regiones sino que estas estén también en condiciones de generar sus propios recursos. Estamos concientes que un planteamiento de esta naturaleza implica necesariamente un alto grado de responsabilidad y madurez por los encargados de los gobiernos regionales. Si queremos descentralizar la educación y en una provincia se desea establecer un impuesto en beneficio de la educación, debemos crear los mecanismos para que esto sea factible.

Es también evidente que la sociedad tiene que ofrecer una política más integral a los jóvenes. Ellos son los nuevos ciudadanos, los que permitirán que Chile no sólo consolide su reencuentro con su historia, sino que se proyecte creativamente hacia el porvenir. Es vital, en este sentido, no ver a los jóvenes como una amenaza, sino como una oportunidad; no enfatizar en su inexperiencia sino en su capacidad de innovación. Los jóvenes - como los pobres - no pueden seguir esperando el futuro. Su espacio para aportar nuevas ideas y energías está en el presente. **Invito a confiar en los jóvenes de Chile y los invito a ellos a aportar con su competencia, con sus ideas, con su entusiasmo, a la aventura de recrear un Chile moderno.**

12.- Final

Estimados amigos y amigas,

Quisiera, antes de poner término a mi intervención, decir algunas palabras sobre esta iniciativa, CHILE XXI, que hoy nos ha reunido.

Recuperada la libertad, se ha reiniciado con fuerza el debate político. Esto es natural en una democracia.

Sin embargo, cuando éste se centra en la coyuntura o en los acontecimientos cotidianos, se pierde la gran perspectiva. El sentido último de lo público, es la orientación gruesa de hacia donde camina una sociedad.

Este ha sido el propósito de este Encuentro. Mirar por sobre la contingencia, hacia la línea del horizonte. Se trata de darle contenido al debate.

Esta ausencia de contenidos es preocupante y tiene consecuencias muy negativas. Desde luego, el primer efecto es el empobrecimiento del diálogo político, que pasa a ser privativo de una pequeña elite de especialistas en ingeniería política. El segundo, y más grave, es el desinterés que este diálogo provoca en la opinión pública. La política pasa a ser un problema de técnicos en la materia y se debilita notablemente la adhesión de las personas al sistema democrático, al que empiezan a considerar como algo ajeno a su vida cotidiana y que no le ofrece posibilidades de participación.

Iniciativas como CHILE XXI son claves para revitalizar nuestra democracia. No faltarán los que interpreten este programa como una mera plataforma electoral. Allá ellos. Lo importante es que hoy existe espacio abierto de debate para que nuevas personas contribuyan con su participación, con sus conocimientos, con sus experiencias, con sus competencias, a pensar el Chile del futuro.

Las grandes causas y los grandes saltos que dan los pueblos siempre van precedidos por una rebelión contra las creencias generales, contra los obstáculos a la comunicación, contra los límites que fijan espacios estrechos y que impiden acercarse a la diversidad, y por tanto a la universalidad del género humano. Hace 500 años Colón, sin el espíritu del Renacimiento, no habría llegado a América. Habría preferido la certeza

sobre la duda, la verdad oficial sobre la razón civil. Su hazaña fue un triunfo de la libertad sobre los poderes y las fronteras.

Hoy, por todas partes caen los muros, las barreras a la comunicación, al comercio y al conocimiento entre los pueblos. La humanidad accede a una nueva era de libertad.

Las pesadillas de ayer no deben impedir nuestros sueños de hoy. Están atrapados por el pasado los que creen que hay que elegir entre el sector público y el sector privado; los que creen que el Estado es perfecto o que lo es el sector privado; están atrapados en el pasado los que anteponen sus propios medios e inseguridades a la necesidad de potenciar la calidad de la educación; están atrapados por el pasado aquellos que creen que la democracia es sólo un medio.

Debemos contribuir a unir lo diverso, concertar lo diferente. Porque existen cosas sencillas y superiores que nos unen; son viejas verdades: razón, democracia, igualdad de oportunidades. Es el sueño inextinguible de los chilenos de ayer, de hoy y de mañana. Vayamos hacia el futuro con lo mejor de nosotros, nuestra tradición democrática y nuestro cariño a Chile. Como cantara Paco Ibañez, no podemos volver atrás porque la vida nos empuja; porque hemos sufrido, porque hemos crecido. Y también porque podemos aspirar a un futuro para todos los chilenos.

Chile es parte de ese mundo que cambia. Las opciones que decida ahora definirán su futuro. Los invito a adelantarnos a los acontecimientos. Como ayer, no tengo más título para hacer esto que el de ser un ciudadano interesado en el destino de la Patria. Pero, a diferencia de ayer, tenemos la libertad y las condiciones institucionales para debatir pública y fundadamente sobre las grandes opciones nacionales, y de actuar para producir los acuerdos que esas opciones demanden. Estoy cierto de encontrar en ustedes, como tantas otras veces, la misma disposición al diálogo y a explorar colectivamente caminos de desarrollo posibles para Chile.

Muchas gracias.